Con amor,

Elsa.

AGRADECIMIENTOS:

A mamá, que siempre cocinó pensando en cuidarnos.
En alimentarnos el cuerpo, pero también el corazón.
A la tía Graciela, por el vitel toné listo y la mesa enorme, como si siempre hubiera lugar para uno más.
A la abuela Lilian, que aunque dice que detesta cocinar, siempre encontró la forma de condimentarnos la vida.
A Luli, por las chocotortas más ricas del mundo, los desayunos de cumpleaños y por ser mi hermana en todas las formas posibles.
A Juancito, por ser la persona que más disfruta cocinar conmigo.
Por improvisar recetas, reírse de los errores y acompañarme en todas las ideas que se me ocurren.
A Sofi Rubinstein, que hace años vio algo antes que yo lo vea: *a veces horneo cuando estoy triste.* Y por los eternos jueves de meriendas.
A Romi Lamas, por decir que sí, sin siquiera saber de qué se trataba todo esto.
A Nico Curto, dueño absoluto de la parrilla y los domingos en casa.
A mis amigas, a Lean y a toda mi familia.
Por ser refugio y contención. Por hacer la vida más divertida.
Por confiar en mí.
Y a Elsita.
Siempre a Elsita.
Por la vida.
Por el amor.
Por las carcajadas hasta las tres de la mañana.
Por la comida rica.
Por las canciones de fondo.
Y por la certeza de que gran parte de lo que soy, nació mirándola a ella.
Te amo, abu.
Gracias.

INTRODUCCIÓN:

Hay cosas que no aprendemos con palabras.
Se repiten. Se observan. Se hacen.
Crecí viendo a Elsa cocinar sin preguntarme demasiado por qué.
Años después, sin darme cuenta, empecé a hacer lo mismo.
Y creo que este libro nace de ahí.
De intentar entender qué era lo que pasaba realmente en esa cocina.

Elsa, mi abuela, aprendió a cocinar demasiado rápido.
No porque quisiera, sino porque alguien tenía que hacerlo.
Primero fue para su papá y su hermano. Después vinieron sus hijos y su marido.
Más tarde, nosotros. Siempre hubo alguien esperando del otro lado de la mesa.
Yo crecí pensando que ella simplemente cocinaba.
Como si fuera algo automático. Como si no hubiera otra opción.
Y supongo que, en parte, no la había.
Pero con el tiempo empecé a pensar que ahí pasaba algo más.
Creo —y digo creo porque no llegué a preguntárselo— que Elsa también cocinaba para ella. Que en esa cocina encontraba un lugar propio.
Un espacio donde podía quedarse sin que nadie le exigiera nada más.
La radio sonaba todo el día y mientras ella amasaba la masa de la pascualina, movía el cuerpo, como si nadie la estuviera mirando.
Armaba su coreografía entre recetas y canciones de Diego Torres, o liberaba sus penas con algún *tango para los amigos.*
Mi abuela era amorosa de muchas formas.
A veces pienso que alguien tuvo que haber inventado la definición de amor mirándola a ella.
Sin embargo, en la cocina parecía que pasaba algo distinto. Como si el amor, para ella, necesitara volverse algo concreto: una masa, un relleno, un plato servido.
Como si cocinar fuera una forma más de decirnos cuánto nos quería.
Cuando mi tío Fernando venía desde el Sur, ella preparaba sus ravioles preferidos.
No cualquier día: ese día.
Como si para recibirlo no alcanzara un abrazo.
Todos los días empezaban parecido: el desayuno y después pensar qué iba a cocinar más tarde.
El almuerzo.
La merienda.
La cena.
Siempre había algo por preparar.
Siempre alguien en quien pensar.
Si cumplías años, la cocina se transformaba.
Había torta, empanadas, tomates rellenos y cualquier cosa que te gustara.
Como si Elsa nunca hubiera aprendido a demostrar cariño a medias.

No tengo recuerdos de haberla visto decidir no cocinar.
Ni siquiera cuando el cuerpo empezó a pasarle factura.
Cuando el cansancio dejó de ser algo de un día, sino algo que empezó a quedarse en su cuerpo.
Igual seguía.
Todavía recuerdo sus manos. Las mismas con las que limpiaba la casa, tocaba el piano, cocinaba. Las mismas con las que nos hacía caricias para que nos durmiéramos.
Eran largas.
Finas.
Arrugadas de una forma particular.
Siempre estaban prolijas, incluso cuando ya se les notaba el cansancio.
Como si sostener todo dejara marcas.

Cuando hacía pasta, tardaba en sentarse en la mesa.
Primero le servía a mi abuelo. Después a los demás.
Iba y venía.
Cuando terminaba, volvía a la olla. Pasaba lo que quedaba a otro recipiente y lo mezclaba con la salsa. Recién ahí se servía y se sentaba.
Ella decía que era para que la pasta no se pasara, por si alguien quería repetir.

¿Qué decimos cuando no decimos nada?

Mi abuela se despertaba antes que los demás.
Y casi siempre lo hacía en silencio.
Como si necesitara ese rato para ella antes de que empezara el día del resto.
Todo pasaba por sus manos.
La comida. La casa. Nosotros.
A veces parecía cansada, aunque no siempre lo decía.
Pero se notaba.
En la forma en que se sentaba.
En cómo el día nunca terminaba del todo para ella.
En realidad, Elsa no tenía muchas opciones.
Cocinaba porque las cosas eran así.
Porque alguien tenía que hacerlo y, casi siempre, ese alguien era ella.
No porque nadie quisiera ayudar, sino porque había un orden que no se discutía.
Cuando por fin se sentaba a la mesa, no comía enseguida.
Esperaba.
Miraba nuestras caras mientras probábamos la comida.
Y recién cuando alguien decía “qué rico”, empezaba a comer ella.
Como si necesitara que alguien valide lo que hacía.

Pienso mucho en las cosas que mi abuela no decía.
No sé exactamente cuáles eran.
Pero recuerdo que casi nunca decía que no.
Como si hubiera aprendido a acomodarse a lo que tocaba.
A lo que había que hacer.

Quería ser concertista de piano.
Y durante un tiempo estudió para lograrlo.
Hasta que dejó.
Y aunque ella no estaba de acuerdo con ponerle un fin, era “lo que correspondía por su familia”.
A veces me pregunto si pensaba en todo eso mientras cocinaba.
Si extrañaba esa otra vida que imaginó alguna vez.
Y hay días en los que no puedo evitar pensar en que muchos de los sueños que no pudo vivir… terminaron saliendo por otro lado.
Tal vez en esas comidas.
Tal vez en esa forma de cuidar.

Por mucho tiempo pensé que yo cocinaba por motivos totalmente distintos.

Yo no empecé a cocinar por amor.
Empecé por necesidad.
Hacía budines y los vendía.
No había mucho más detrás de eso, al menos al principio.
Lo que sí había —y no supe ver en ese momento— era que algo pasaba cada vez que mezclaba los ingredientes.
Los budines salían bien.
Mejor que bien.
Entonces vinieron los brownies, los alfajores de maicena, los muffins.
El menú crecía, y con él, una sensación difícil de explicar.
No era sólo satisfacción.
Era algo que no sabía nombrar, pero que me hacía querer volver.
Con el tiempo entendí que, mientras cocinaba, pasaban cosas.
No afuera.
Adentro.
Había algo en repetir esos pasos que me hacía bien.
Medir. Mezclar. Esperar.
Como si por un rato la cabeza bajara un poco el ruido.

Pensé en mi abuela. Y por primera vez dudé de la versión más simple.
Tal vez no cocinaba sólo porque un mandato social le dijo que tenía que hacerlo.
Tal vez también lo hacía porque ahí encontraba un espacio en el que podía *ser* y *decir*.
Porque, ¿qué hace una persona cuando no la escuchan? ¿Se acostumbra a estar en silencio?
Yo creo que no.
Creo que todos encontramos alguna forma de hablar, aunque nadie esté prestando atención.
Yo la encontré en la cocina.
Descubrí que podía decir cosas sin decirlas.
Que podía contar cómo me sentía mientras exprimía naranjas con más fuerza de la necesaria.
Como si en ese gesto hubiera algo que necesitara salir.
Que podía decirle a alguien que lo quería sin usar palabras:

A Juancito, enseñándole a hacer sus propios alfajores o tortas.
A mi hermana, preparándole el desayuno.
A una amiga, armando la mesa dulce para celebrar que su hija venía en camino.
Incluso a mí misma.
Porque hubo un momento en el que entendí que también podía cuidarme así.
Cocinándome.
Como si, de alguna manera, hubiera aprendido el idioma antes de saber que lo estaba hablando. Como si hubiera *heredado* esa forma de querer, sin siquiera darme cuenta.

Ayer tuve un día terrible.
De esos en los que todo parece irse un poco más para abajo.
Me acordé de que en la heladera había cosas que tenía que cocinar para la semana.
No tenía ganas, ni un poco. Igual me levanté.
Llorando.
Empecé sin pensar demasiado.
Condimenté. Mezclé.
Le di forma a lo que tenía.
Y no sé en qué momento pasó, pero dejé de llorar.
Me encontré riéndome sola en la cocina, con las manos ocupadas y la cabeza puesta en otra cosa.
Y pensé que, quizás, no era la primera vez que cocinar me salvaba un poco de mí misma.

¿Qué se esconde detrás de quien cocina?
Durante mucho tiempo pensé que la respuesta era simple: cocinamos porque hay que comer.
Pero cada vez estoy menos segura de eso.
Hay algo que empieza a pasar en el momento en que entramos a la cocina y cerramos, aunque sea un poco, lo que queda afuera.
Y entonces aparecen otras cosas.
El cuerpo se afloja.
A veces pensamos mejor.
A veces no pensamos en nada.
A veces estamos tristes y no nos damos cuenta de que dejamos de estarlo hasta un rato después.
A veces bailamos las canciones de la radio que nos acompaña.
O cocinamos en silencio.

Cocinar también dice cosas.
No las que ponemos en palabras, las otras.
Cómo cortamos.
Cómo esperamos.
Cuánto nos importa que salga bien.
Para quién lo hacemos.
Creo que hay una forma de cocinar que se nota.
Y no tiene que ver con si la comida sale rica o no.
Tiene que ver con la intención.
En el tiempo que alguien está dispuesto a quedarse ahí.

Cocinar nos obliga a esperar.
A que la masa crezca.
A que el horno haga lo suyo.
Y eso me hace pensar en la cantidad de cosas que no podemos apurar.
Porque cuando intentamos hacerlo, algo se arruina un poco.
Mientras tanto, pasan otras cosas.
No solo en la comida.
También en nosotros.

Hay quienes cocinan para otros sin conocerlos. Revolviendo ollas grandes en noches frías, alcanzando platos, sosteniendo algo que no siempre se ve. Como si en ese gesto hubiera una forma de decir: *acá hay alguien pensando en vos*.
Otras veces todo pasa en algo que parece ser mucho más chico.
Una cena para alguien que llega cansado.
Una merienda compartida sin apuro.
Una pizza amasada para quedarse un rato más.
Una parrilla prendida los domingos.
La vida pasa ahí en el medio.

Mientras algo se cocina, alguien cuenta algo importante.
O decide no hacerlo.
Hay parejas que se separan en silencio, cortando verduras.
Otras empiezan algo nuevo mientras preparan una cena especial.
Y supongo que por eso cocinar nunca termina siendo sólo cocinar.
Porque a veces cuidamos así.
A veces pedimos perdón así.
A veces queremos así.
Y a veces, simplemente, es la única forma que encontramos para decir lo que nos pasa.

No siempre cocino desde el mismo lugar, pero casi siempre me hace bien.
Hay algo que se acomoda cuando empiezo, como si la cabeza bajara un poco el volumen, como si el cuerpo supiera qué hacer antes que yo.
A veces llego cansada, sin ganas.
Y, sin embargo, empiezo igual. Nunca me generó rechazo del todo.
Es raro, porque podría ser una obligación, pero no se siente de esa forma.
Hay algo ahí que me sostiene.
Cuando estoy triste, corto más fuerte.
Cuando estoy cansada, hago cosas simples.
Pero siempre hago algo.
Y al rato, casi sin darme cuenta, me encuentro mejor.
Riéndome sola en la cocina.
Como si cocinar me devolviera algo.
No sé si alguna vez esperé demasiado a cambio.
Pero sí sé que me gustaría que alguien cocine para mí, sin que yo se lo pida.
Que alguien lea una receta y la haga aunque le salga mal.
Que pruebe.
Que le ponga tiempo.
Y que en todo eso haya algo del amor con el que yo cocino para la gente que quiero.
No sé dar a medias.
Cuando quiero a alguien, lo quiero así.
Me preocupo.
Me ocupo.
Estoy.
Y muchas veces eso no vuelve de la misma forma.
Pero tampoco quiero hacerlo distinto.
Supongo que por eso cocinar me gusta tanto.
Porque lleva tiempo.
Porque necesita paciencia.
Porque para que algo salga bien, hay que *quedarse e intentarlo*.

A veces la cocina también es refugio.
Cuando hay demasiada gente.
Cuando no quiero estar del todo en una conversación.
Entonces me quedo ahí.

Haciendo algo.
Como si eso me permitiera seguir estando…
pero un poco menos.

A veces vuelvo a pensar en mi abuela.
En todo lo que hizo y en todo lo que no pudo hacer.
Durante mucho tiempo pensé que ella solamente cocinaba.
Hoy ya no estoy tan segura.
Porque hay algo en esos gestos que todavía reconozco.
A veces me encuentro haciendo exactamente lo mismo que ella.
Y hay algo en eso que me resulta familiar de una forma difícil de explicar.
Como si ciertas cosas no empezaran del todo en mí.
Pero también hay algo distinto.

Yo sé que *puedo elegir*.

Sigo cocinando.
Para otros.
Para mí.
A veces para demostrar cariño.
A veces para atravesar un día difícil.
Y otras veces, simplemente, porque necesito estar un rato conmigo.
Todavía no entiendo del todo qué es lo que pasa ahí adentro.
Pero hay algo que sigue estando.
Algo de ella.
Algo mío.
Algo que, de alguna manera extraña,
todavía nos une.

Fin.